

EL LEGADO DE LA CÁTEDRA LIBRE EN NUEVAS EXPERIENCIAS DE FILO

El Andamio, punto de encuentro: Caminos que se abrazan¹

Nos convoca cada sábado, como una especie de fuerza gravitatoria que nos atrae. Para llegar viajamos desde distintos lados, desde la variedad de la rosa de los vientos de la provincia de Buenos Aires y de su ciudad, al mismo punto, ese que reúne. Viajamos pensando, reflexionando en extenso sobre la naturaleza de esa convocatoria, sobre los paisajes que forman la vida en que habitamos, sobre las cosas que van a ocurrir. Y en el viaje, entre otras tantas magias, ocurre una que se continúa luego, cuando nos encontramos: la del aprendizaje continuo, desestabilizador, colectivo, acompañado. Aprendemos reflexionando en comunidad. ¿Sobre qué? Reflexionamos sobre partir del mundo, revivir el mundo, habitar el mundo que nos trajo a este momento, que nos acerca a este lugar, que nos moviliza el cuerpo; repensamos la experiencia para conocernos; partimos del mundo que nos compone y que componemos. Reflexionamos sobre traer el mundo, cargarlo sobre los hombros como una responsabilidad, ponerlo en la mochila aun en sus facetas más dolorosas y llevarlo dónde sea, ponerlo en palabras, haciendo honor a la verdad; traemos el mundo aun en forma de lágrimas en los ojos, nombramos la realidad. Reflexionamos sobre abrir(se, nos) al mundo, salir al mundo, animarse a ver, o mejor dicho, a mirar y aprender mirando, y aprender haciendo, e imaginar derrumbes donde crece la desigualdad y agonizan los derechos. En eso estamos, en el viaje, sintiendo, pensando, creando... Es ahí donde nacen estos relatos...

1 Además de quienes aparecemos como autorxs por haber digitado las teclas de nuestras computadoras para escribir este texto, también son autorxs de este escrito, por haber dado forma a estas reflexiones con su trabajo y dedicación, lxs integrantes del Programa de Acciones e Investigaciones Educativas, que sábado tras sábado se desarrolla en El Andamio, en Soldati: Amalia María Güell, Natalia Carolina Cerullo, Sol Anabella Monte, Romina Rojas, Ivan Santanocito y Melisa Scarmato.

César Damián Caruso

I.S.F.D. N.º 39 "Jean Piaget"

cesarcaruso91@gmail.com

Catalina Tabárez Sheridan
Karen López

Facultad de Filosofía y Letras, UBA

ctabarezsheridan@gmail.com

karen.lk.lopez@gmail.com

Después de la tempestad

Han clausurado las puertas del cielo,/
y esas cosas no se pueden ocultar,/
una crecida arrasa la rivera,/
el barro se hace cruel, nos viene a sepultar.
Indio Solari (2013), “Beemedobleve”

Empecé a escribir estas líneas una noche de tormenta, al volver del balcón techado, en el departamento que alquilamos con mi familia en Munro. Es casi inevitable; cuando el agua baja del cielo con cierta vehemencia, no importa dónde me encuentre, los recuerdos se acomodan uno tras otro — aún sigue en pie la casilla errante de San Miguel—, el ruido de las chapas estremecidas por las ráfagas de viento, el agua entrando y no solo por la puerta, como jugando una carrera para ver cuántas cosas te puede arrebatar.

Cuando las paredes son frágiles, cuando el espacio es reducido, cuando se tiene poco, y el bajón es la costumbre, la voluntad padece ante el desgano. Cuando las necesidades se acumulan, solo en los sueños se puede encontrar un resguardo.

Para unx niñx, en estos momentos de angustia disimulada, la suerte pasa por si esto sucede en algún día hábil de la semana, para dejar de lado el sabor amargo que trae el temporal y poder pasar aunque sea un par de horas en la escuela. Cuántas veces habré compartido esos días grises —mañanas con tonos en sepia que se confunden con las últimas horas de la tarde— en el colegio, con lxs mojadxs, con lxs que van igual, cuántas veces fui de lxs que escuchamos “¿te mandaron con esta lluvia?”. Y de lxs que respondimos “sí, yo quería venir”, para no explicar las penurias, para no decir que necesitamos contención, un poco de “buenos tratos”, alguien que nos diga con voz amable “estás mojadx, vení, sécate que te vas a enfermar” —maestras buenas que secan medias en la estufa—; ser por unas horas el centro de atención de algo, y no el destino marginal que agobia, que oprime los pensamientos, que marca a fuego las heridas y las graba en lo profundo del corazón, que direcciona poniendo barreras en laberintos de pasillos crueles y oscuros, que excluye y mira con indiferencia del otro lado del ventanal.

En esos días, la escuela es más nuestra que nunca, es refugio, es derecho, es igualdad.

Una voz amable en el comedor dice “hoy se repite”, y en los rostros de lxs mojadxs se dibujan sonrisas picaronas, esas que tienen la maravillosa

capacidad de olvidar lo malo, para poder convencerse de que a pesar de todo es un buen día. La escuela unida por un trabajo en conjunto que lleve como estandarte el bienestar de lxs estudiantes, puede ser más fuerte que la realidad que lxs golpea. Y así, sin artilugios de por medio, todo puede cambiar para cualquiera que intuya o perciba algo bueno en lo escolar, las actividades pueden empezar a ser interesantes, las prácticas tornarse como desafíos, y los conocimientos adoptarse como propios. Es un proceso que va más allá de lo educativo, o de lo formativo, parte de lo humano, y no de propósitos cambiantes guiados por un gobierno de turno, necesitamos inducir un sentimiento, una fe laica, una creencia en ellxs mismxs, en sus capacidades para generar un “sí”, un “sí, yo puedo”, un “voy a terminar la secundaria” —no importa la edad—, de manera que todxs se sientan capaces estudiar en la universidad pública o en cualquier carrera superior sin que suene como una locura, como un imposible.

Cada sábado, desde que me subí en “El Andamio de Soldati”, reflexiono y pienso ¿qué es lo que hace que lxs pibxs vayan el fin de semana a estudiar con esa energía, con esas ganas? Trato de entender cómo es posible que cada jornada logre tener su mística, su magia, cuyo poder puede hacernos sentir tanto a lxs chicxs como a lxs adultxs parte de algo importante, sobre todo de algo bueno. Creo que todxs lxs que formamos parte del espacio tenemos el mismo sentimiento de dar, de compartir y entregar algo que no tiene precio, juntxs hacemos de las diferencias algo valioso, encontramos en la diversidad que nos caracteriza algo apreciable, rompemos las distancias que nos separan, y nos unimos en un mismo propósito... en lxs otrxs.

Es ahí, en ese poder que rompe con el destino, donde elijo poner todas mis fichas, es ahí donde florece la esperanza de un futuro con posibilidades reales, donde unx aprende, donde unx cree *que la igualdad no es utopía*.

Detrás del velo

Me encontraba haciendo cálculos y conjeturas, desesperadx por entender, intranquillx, mirando cómo el reloj movía sus agujas hasta marcar las cuatro de la mañana. Afuera se empezaba a escuchar el canto de los pájaros y el sol arrimaba. Salí de mi trance dispuestx a dormir al menos cuatro horas, sabiendo que se convertirían en tres porque hasta las cinco no iba a pegar un ojo. El gato decidió que era momento de pedirme comida, cuando volví a la cama revisé un par de textos, el reloj me miró, ya eran las

cinco. Finalmente, a las cinco y treinta me dormí. A las ocho sonó la alarma, decidí dormir media hora más y terminé saliendo a las nueve de casa para la escolita. Ya en el subte veo al chico que cada sábado se sube al vagón a tocar su guitarra. Tiene un repertorio de lo más variado, un día toca una canción de Queen y al día siguiente un cuarteto de Rodrigo. Lo importante es que lo hace bien, toca la guitarra como si estuviera dando un recital multitudinario. No importa lo que toque, lo hace con una energía que transmite tranquilidad. El tipo parece seguro de sí mismo y anda siempre con una sonrisa, no lo voy a negar, me da cierta envidia. No creo que esté siempre feliz, pero cuántas veces hubiese necesitado esa actitud para mi propia vida y no la encuentro. Me embrollo en mis pensamientos sin llegar a ninguna conclusión más que la incertidumbre. Y cuando la incertidumbre llega suele ser a las cuatro de la mañana y es para quedarse. Tomando el premetro el paisaje va cambiando: hacia el sur de la ciudad deja de haber edificios altos y pegados uno al lado del otro, hay monoblocks, casitas bajas, canchas de fútbol, iglesias y escolitas. Una vez que te empiezan a ver con frecuencia te saludan, aunque no vivas ahí, como si tu presencia reiterada te diese un pase de pertenencia. Eso es algo que jamás vi en otras zonas de Capital, donde el saludo máximo es una cara de fastidio. De hecho, me hacía acordar mucho a mi barrio en Fiske Menuco. ¿Por qué será que la gente de otras provincias que viene a Capital se olvida de eso? Si las calles en las que jugábamos durante nuestra infancia son mucho más parecidas a las de un barrio del sur de la ciudad que al infierno del centro o de los barrios más poblados. Dos camionetas de gendarmería dan una vuelta a la manzana al ritmo de mis pasos. Me acuerdo de Santiago y se me hace un nudo en la garganta. Aparece en mi cabeza el poema que escribí mientras lo tuvieron desaparecido:

¿Y qué decir de ese par de ojos que hoy buscamos?

Al mirar tu imagen sentimos que nos miran

esos ojos llenos de fuego, ojos cargados de poesía,

de luna y de magia, de brujería y de estrellas.

Ojos que deseamos ver abiertos, ojos que queremos con vida.

Ojos danzantes de alegría, ojos que gritan historias,

El legado de la Cátedra Libre en nuevas experiencias de Filo

de música y de tierra, de plantas y de guerra.

Ojos que queremos ver abiertos, ojos que pedimos con vida.

Ojos de niño y de sabio, de soñador y de compañero,

de amor y caos, de ternura y valentía.

A esos ojos los seguiremos buscando, porque piden ser encontrados.

Nos hablan para que gritemos tu nombre,

para que sigamos luchando

para que no nos venza el miedo,

para que hagamos un escudo contra el terror y no logre invadirnos desde adentro.

Ojos que tenemos que ver abiertos, ojos que exigimos con vida.

Hasta que hicieron aparecer su cuerpo y me dolía mucho. Sin conocerlo lo sentía cerca, me dolía su muerte y lo que significaba. Me dolía que pasen las imágenes como si nada, la tele se me hizo tan insoportable como innecesaria. Me dolía que hablen del tema, no solo sin darle la trascendencia que tenía sino también burlándose de él, de su familia y de todos nosotros. Me angustia pensar en él todavía. Desde esa fecha me involucré más activamente en los espacios de resistencia social, de protesta, de marcha. Sentía que era tarde, nada de eso alcanzaba, nada de eso lo devolvía a la vida. Sin embargo, él estaba moviendo algo adentro mío, una fuerza que yo ya tenía pero que se activó más fuerte que nunca y desde entonces no pudo parar. Santiago nos recordó, de la forma más dolorosa, que la lucha sigue. Que a la par de su desaparición y su muerte se encuentran la de Rafael Nahuel, y la de cada integrante de la comunidad mapuche que sufrió el mismo destino, cuyos nombres no resuenan en ningún medio de comunicación. Que los mecanismos de represión en democracia son una herramienta que los gobiernos no dudan en usar cuando lo creen necesario. Que somos hijos y nietos de una de las dictaduras militares más horribles del continente y

que sus vestigios, que con frecuencia creíamos apagados, todavía prenden si se los sopla un poquito.

— Señor, ¿estuviste llorando o tenés sueño?

R

MU OS

ND

El sábado es el único día en que mi cuerpo, pese al cansancio acumulado de la semana, se anticipa a las alarmas, que a su vez se suelen anticipar al sol. Así y todo, no alcanzo a desayunar en casa. La mañana es un agitado ir y venir de preparativos. Paso lista a la mochila, como si la cartuchera, el libro que me prestó mi compañera, la SUBE, los borradores de leyendas e historias fantásticas o los hilos de cobre para generar energía eléctrica con papas y limones fuesen a levantar la mano y dar el presente. Después, doy el presente yo, tratando de despabilarme. No lo digo solo por el hecho de sacudirme hasta lograr que me abandonen los últimos restos de lagañas y bostezos, sino que trato de despabilarme, refregándome los ojos y abriéndolos lo más posible para salir del ensueño al mirar al mundo.

Salir del ensueño.

Mirar al mundo.

Pero mirar de verdad.

Sábado tras sábado, recuerdo el primero, el primer día en que me subí en El Andamio. Tantas emociones, tantos rostros, tantas historias contenidas allí. Las repaso, supongo que siempre cambiando el énfasis, poniendo otra luz, otros colores, otros sonidos, recreando, como suele hacer la memoria, pero siempre me detengo en los mismos puntos.

— ¿Cómo pasaron el verano?

— Más o menos. Tuve tuberculosis, estuve internada con mi papá.

— ¿En sus casas sus familias qué opinan de lo que está pasando?

El legado de la Cátedra Libre en nuevas experiencias de Filo

— Mis papás están preocupados, en el taller les siguen pagando la misma plata por pieza y trabajan cada vez más.

— ¿Qué podemos poner en los carteles?

— Que todos deberían poder aprender.

Abrir los ojos, de verdad,

para que se abra el mundo.

Esas respuestas, nacidas de voces infantiles, resuenan en mi cabeza, repican y queman en mis oídos mientras viajo en el tren. Conversan con dos madres y sus criaturas extendiendo la mano y pidiendo una ayuda para alimentar a sus peques; y luego con el hombre al que dejaron sin trabajo después de que una chapa de zinc le cortara los tendones en la informalidad de la obra; o con el jubilado que rasguña un plato de fideos al día vendiendo encendedores, a tres por mil; o con los “ranchitos”, como se les dice en una mezcla de cariño y humildad, que se ven al costado de las vías, hechos de todo lo que alguien más descartó. Conversan en el viaje y me espabilan.

Me hablan de muros, de barreras, de piedra a veces, de sutiles tejidos la mayor parte del tiempo. Me dicen:

hay que mirar,/ de verdad,

para romper,/ para abrir.

El legado de la Cátedra Libre en nuevas experiencias de Filo

Cerrando, ladrillos del	aire. A resguardo, ¿de	quién?, ponen
porciones	del mundo. Recortan,	acapanan, arrebatan.
apilan riquezas que	no se consumen en vida	mientras que otras
se van	apagando en carencias.	Frivolidad, vestida
innecesario, de	desperdicio y monopolio	de derechos humanos
acaparados.	Extramuros, mi barrio,	mi gente, mi familia, mi
extramuros de la	historia oficial que se	enseña, y se impone,
y que acalla	la nuestra, nuestra	historia, memoria,
Extramuros, nuestra	existencia, siempre fuera	de las grandes
repartijas	y pidiendo a gritos	justicia social. Extra-
nos condenan, alejan,	separan. Tienen miedo.	Nuestras voces
incomodan.	No podrán vencer.	Extramuros, la vida
trabajo es duro, y	nunca es suficiente, y el	frío pesa, y el hambre
marca las	horas, y todo es tan	frágil. Extramuros, corre
venas solidaridad, y	una utopía hecha de	abrazo y tejido social.
Extramuros	la resistencia nace en	el amor, como bandera,
al odio con que quieren	educar. Extramuros, la	memoria, inquieta, es
refugio	abierto de comunidad	y solo a ella la cercamos
paredes de lucha y	compromiso para	preservar lo que es
de todxs,	para cuidar, para	extender la mano.
la vida corre y reclama	ser vista, dialogar, al fin	aparecer. Se asoma
una palabra.	Y el primer	

ladrillo cae,

y el siguiente,

y otro más.

Decir. Mirar. Hacer. Hasta que se derrumbe por completo la desigualdad.

Salir del ensueño,
mirar el mundo,
romper los muros,
llenar los ojos con verdad.

Intento dibujar en mi mente los recorridos que realicé a lo largo de mi vida, y en muchos de esos trazos encuentro muros que ahora sí se hacen visibles. Me hallo a veces de un lado, otras tantas del otro, incómodamente en la frontera. Mejor dicho, me hallo a veces dentro, a veces fuera, porque más que barreras que dividen son cercos que rodean, convirtiendo lo público, lo común, en selectas propiedades privadas.

Pienso en la avenida General Paz, como una intangible versión autóctona de la muralla china que cerca una realidad tan ideal como idealizada, contradictoria, repleta de inconsistencias y de extremos en su interior; allí estoy fuera. Estamos afuera mi familia, mi barrio inmortalizado en una canción de Sabina, mi sauce con olor a humo después de cobijar bajo su sombra la parrilla en la vereda, mi calle de tierra, el silencio de las tardes de siesta, la bocina del tren pasando a una cuadra, el truchito que se mete por los lugares a los que nadie quiere entrar, la feria de los martes, la escalera de la estación hecha de tablones y humedad —más de humedad que de tablones, ya—, las reuniones improvisadas en el primer escaloncito divisado en una esquina, la música en los patios, la música en la vida popular.

Pero pienso también en el muro de la academia; allí estoy dentro. Es un muro con una puerta abierta, que, vale recordar, no fue fácil abrir, pero los fantasmas de la desigualdad sostienen, de un lado al otro del marco, una sogá con que hacen tropezar a mucha gente parecida a mí. A veces nos dejan filtrarnos; nos bautizan de ejemplo y sostienen con eso el discurso de la meritocracia, cuando en realidad somos apenas la excepción que confirma la regla, esa regla con que se mide quiénes tienen derecho a la existencia digna, y quiénes solo a poner el lomo. Estoy dentro, pero con medio pie que aún no cruza y reniega de la mera posibilidad de hacerlo, porque tiene forma de raíz que no quiere ser arrancada. Y allí dentro, la humanidad es teórica, el tiempo es abstracto, el espacio es un mapa físico político, y el sujeto es un ideal. Mientras, la vida de carne y hueso, de piel y hueso tantas veces a nuestro pesar, sucede y nos ignora, y nos repele, y no nos quiere escuchar. Con razón, tantas veces no prestamos oídos. Pienso también en quienes

trabajamos para convertir la puerta en frontera, en zona de intercambio, que deje pasar. Pienso que la vida de carne y hueso puede tener lugar.

Y pienso, sobre todo, que en el único lugar en donde no vi muros ni barreras, fue en tres papeles madera que sirvieron de lienzo para pequeñas manos artistas que con ingeniosa arquitectura se propusieron dibujar cómo sería la ciudad en la que les gustaría vivir.

Las plazas no estaban cercadas,
las escuelas no tenían rejas,
las casas estaban abiertas,
los caminos eran de libre tránsito
y se cruzaban,
y los monumentos no estaban a resguardo,
el cine no cobraba entrada,
el parque no tenía guardia,
la música no hallaba obstáculos,
el barrio entero se brindaba
a todos por igual,
sin muros ni barreras por cruzar.

En extensión,
se abre el mundo,
se aprehende el mundo,
se aprende el mundo,
para los ojos de quienes
quieran mirar;
para las bocas de quienes

El legado de la Cátedra Libre en nuevas experiencias de Filo

quieran decir;

para las manos de quienes

quieran hacer.

Un granito de arena,

siempre podrá más,

siempre será más,

que nada.